

MIEDO A CARTER

EDUARDO HARO TECLEN

LA presión de Carter sobre sus aliados se ejerce en estos momentos en dos temas: Irán, Unión Soviética. No le es posible religarlos más que sobre una base: son ataques, ofensas, agresiones al conjunto de Occidente y, aunque con características distintas aparentemente, lo que sucede en Afganistán o lo que sucede en Irán son la misma amenaza para nuestro concepto del mundo. Nuestros conceptos del mundo —“nuestros”: de los que vivimos en países del imperio de Occidente— aparecen como distintos, y también aparece como distinta nuestra manera de enfrentarnos con ellos. Esto no parece posible en Washington, donde cada vez prevalece más la tesis de Kissinger del mundo indivisible, de la crisis indivisible y la respuesta, por lo tanto, indivisible; y, sin ninguna duda, Washington sigue creyendo que la única manera de actuar reside en la suya propia. Tiene alguna razón. Hay, dice, “algunos países que piden la protección de los Estados Unidos, pero que se enfadan cuando se les pide que cumplan las obligaciones de una alianza”, según palabras de Carter. “Se nos pide —explica en su discurso— que ejerzamos un papel de dirigentes, pero cada uno reclama al mismo tiempo su propia independencia en la acción”. Y también: “Suponer que es preciso responder a una agresión solamente cuando está delante de nuestra puerta equivale a invitar a nuevas aventuras y a arriesgarse a graves errores de cálculo. Si buscamos las ventajas de la *détente*, pero ignoramos las necesidades de la disuasión, perderemos las ventajas de las dos”; por lo tanto, “es vital que el peso de los sacrificios sea compartido entre nuestros aliados y otros países”. Carter puede, por el momento, estar satisfecho de Marcelino Oreja, que ha visitado en Washington a Cyrus Vance para expresarle “la solidaridad de España con los Estados Unidos en la crisis con Irán” como “respuesta a la exposición hecha hace unos días por las autoridades norteamericanas encaminadas a la liberación de los rehenes”

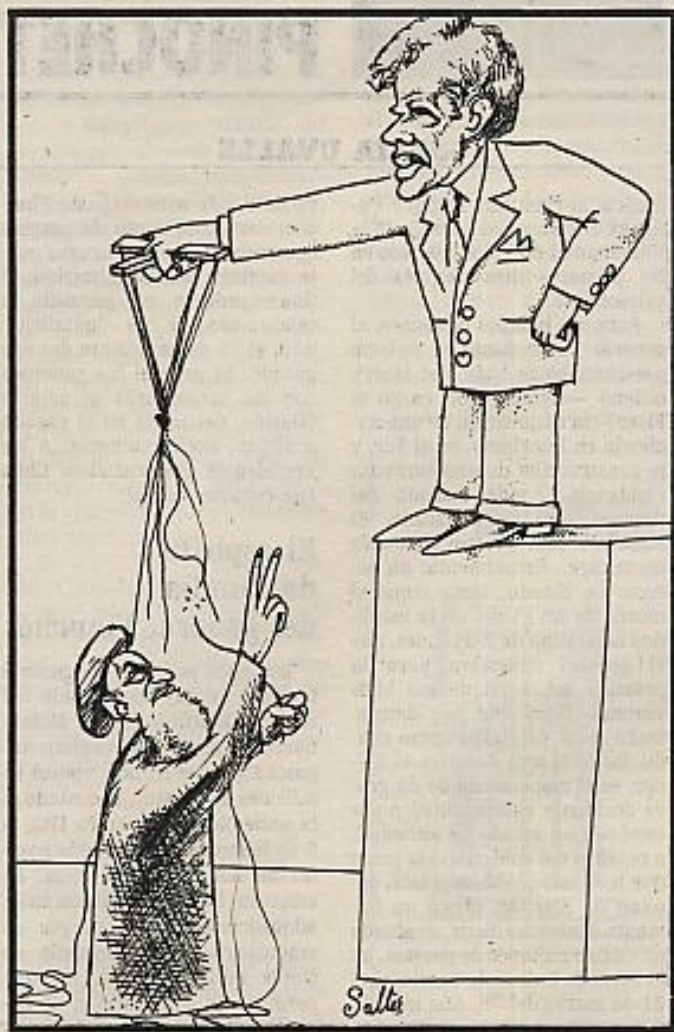
(Agencia Efe, desde Washington). Pero probablemente querría alguna muestra más de solidaridad, por satisfactorias que le sean las de España y Portugal.

Pero es lógico entender que el punto de vista de los aliados sea un poco distinto. La “protección”, el “papel dirigente” de los Estados Unidos son cuestiones que por lo menos querrían discutir y que difieren de la condición de igualdad y de independencia de cada uno de los países de la alianza de que se ha tratado siempre. Las deudas que tienen con los Estados Unidos son de una naturaleza discutible. Es cierto que por dos veces los Estados Unidos han intervenido al final de dos grandes guerras europeas —la de 1914-1918, la de 1939-1945— y que en las dos ocasiones han inclinado la balanza en favor del sistema de vida y la concepción de la convivencia

que hoy prevalecen, y que han contenido a partir de la última fecha la posibilidad de que dominase un sistema contrario al que representa esa filosofía de la vida y al que muestra la mayoría en estos países. Es cierto, también, que esta intervención directa ha sido cobrada por los Estados Unidos en forma de implantación económica y hegemonía militar altamente beneficiosas, y que los países aliados y si se quiere protegidos han perdido unos imperios coloniales que hoy en parte administran los Estados Unidos. Parece bien claro que los gobernantes y sus representados, en el mundo occidental, entiendan claramente cuál es el peso de los Estados Unidos en el mundo y en sus propios países, pero también que desconfíen notablemente de la dirección de los Estados Unidos en un momento dado. Lo que se está jugando ahora

parece ser el paso hacia una situación de guerra: una guerra en sus propios territorios y en condiciones y con armas que podrían significar una destrucción total. El jefe de Gobierno de la República Federal de Alemania, Helmut Schmidt, ha pronunciado varios discursos últimamente en los que habla con claridad de ese riesgo, por la vía de un paralelismo con 1914, el año en el que las potencias europeas, sin querer realmente la guerra —son sus palabras—, no supieron evitarla porque no fueron capaces de comprender cada uno la situación desde el punto de vista del adversario. Lo que está tratando de decir Schmidt, como lo que más claramente dice Giscard d'Estaing, es que debe haber unas formas de aproximación a la URSS en un caso, al Irán en otro, en los que su punto de vista parezca comprendido y analizado, aunque no se acepte, y que no debe darse un paso más allá de la línea de riesgo. Es la posición que toma con mayor claridad la dividida izquierda europea, el frente político que apenas se dibuja en las reuniones de Berlinguer y los socialistas europeos, que tienen más posibilidades de hacerla por cuanto su deuda con los Estados Unidos es menor, si es que tienen alguna, porque son partidos condenados a la oposición vitalicia por la acción de Estados Unidos.

Los aliados occidentales de Estados Unidos están viviendo varias crisis profundas. Probablemente, la ideológica —o sea, la capacidad de representarse el mundo y las posibilidades de futuro; las formas de creencia, las adhesiones a ciertas formas de convivencia, o de fe, o de sentido de la vida— es enormemente grave, pero puede estar subordinada a una crisis económica muy fuerte y una crisis social consecuente. La idea de que una serie de pasos mal dados, o dados a destiempo, puede precipitar una serie de catástrofes que están a la puerta misma, o que la han traspasado ya, es difícilmente soportable: se teme la agudización de los conflictos sociales, la rea-





El ministro español de Asuntos Exteriores, izquierda, con su colega americano, Cyrus Vance, durante la visita del primero a Washington.

parición con toda su crudeza de la lucha de clases y, en fin, la guerra abierta.

Sobre todo, no se realiza claramente que la posición de Estados Unidos en estas cuestiones, tan repentinamente adquirida después de la crisis de Afganistán y de la pérdida del Irán, sea la única posición posible. Ni siquiera que responda con exactitud a la conveniencia misma de Estados Unidos. No deja de repetirse que es fruto de la situación electoral de Carter y de la ansiedad de su equipo por conservar un poder que, hasta ese momento, se les estaba escapando velozmente de las manos. Es decir, por una parte, la idea de protección se ha perdido velozmente, porque se teme que la acción de los Estados Unidos pueda provocar una serie de catástrofes en Europa Occidental que dieran como resultado lo contrario de una protección, y la confianza en la dirección se ha abandonado desde que se piensa que Carter no es la persona indicada en el momento indicado. Pero todo esto lo agrava la exaltación de la sociedad americana en este momento. Por una serie de razones históricas, por una concatenación de frustraciones —a partir, por lo menos, del asesinato de

Kennedy— y por una psicología de humillación en la que hay también frustraciones antiguas —la pérdida de la guerra de Vietnam, la deteriorización de la situación en África y en América Latina—, la sociedad americana, que es mesiánica, estaba esperando oír una voz profética. Que haya confundido la voz de Carter con la de un profeta verdadero es grave; lo es que no haya tratado de analizar la distancia real de lo que se le promete y de lo que puede suceder. Se está produciendo esta escalada: Carter excita la opinión de su país en el sentido de una política de fuerza, y esa sociedad así excitada influye, a su vez, sobre todos los políticos y dirigentes actuales



—en los distintos mecanismos de poder— y sobre los futuros —los candidatos que quieran tener alguna opción a ese poder—. Todo ello produce una especie de furia contra los que consideran sus enemigos; de esa furia no se libran los dirigentes europeos que no siguen sin reservas las directrices de Carter. El cual, a su vez, está reservando siempre fragmentos en cada uno de sus discursos —y en plena campaña de elecciones primarias pronuncia más de los que serían deseables— contra este abandono, o esta tibieza, o este miedo, o esta traición de los aliados. Incluso la ingenuidad con la que Carter pide a sus aliados que tomen estas decisiones “por su propia iniciativa” revela el despecho de tener que estar haciendo solicitudes o ejerciendo presiones por algo que debía venir naturalmente, porque Europa “comprendiese” dónde estaba la verdadera defensa de sus intereses.

Hay una parte de todo esto que se pierde en anécdotas que se hacen difícilmente comprensibles. La invención del boicot a los Juegos Olímpicos, por ejemplo, es una de las peores que se le han podido ocurrir al Presidente ansioso. Si ha conseguido —aun con muchos votos en contra—

que el Comité Olímpico de su país acepte su retirada como sanción, no le es fácil aceptar que en los países europeos esta decisión aparezca como absolutamente desplazada de la realidad: incluso en España, donde el deseo expresado por el Gobierno es el de estar al lado de los Estados Unidos en la doble crisis, la sanción no está aceptada por ahora por el Comité Olímpico ni encuentra eco posible en la opinión pública. Tampoco se comprende, ahora, la amenaza, incluso de acciones militares contra Teherán, a los cinco meses de la ocupación de la Embajada y de la detención de los rehenes. Aparece continuamente como una torpeza de Carter, como una acción desprovista de sensatez, todo aquello que podría haberse ofrecido como una gran causa.

Sobre todo, no se ven las salidas. Si cualquier guerra parece inaceptable o contraproducente para lo que se trata de salvaguardar, cualquier forma de acción que aproxime esa guerra será siempre repudiada.

Parece que, en general, la posición de los países aliados de Estados Unidos es la de tener confianza en que nada irreparable suceda hasta las elecciones de noviembre y que, una vez que hayan sucedido, Carter, si gana, o su sucesor, si es otro, tendrán que llevar la situación por otras vías más razonables. Esta idea la comparten tanto los que escoltan ahora la aventura de Estados Unidos —que pueden pensar que van a obtener los beneficios del belicismo sin tener el peligro real de que haya una guerra— como las de quienes se mantienen a la reserva y creen que cuando llegue el apaciguamiento podrán cobrar los dividendos de haberla mantenido.

Pero la realidad es que ese riesgo de guerra no es totalmente improbable. Un paso en falso lo puede precipitar. Hay quien ve que, en cualquier caso, es inevitable, porque todas las posibilidades de supervivencia del mundo occidental como lo hemos conocido hasta ahora —es decir, con una cierta abundancia que permita la disminución de los conflictos sociales— se han agotado definitivamente, y ya nada volverá a ser como fue. ■